

Un andar solitario entre la gente

Antonio
Muñoz
Molina



Antonio Muñoz Molina

Un andar solitario entre la gente

I

**OFICINA
DE INSTANTES PERDIDOS**



Escucha los Sonidos de la Vida. Soy todo oídos. Escucho con mis ojos. Escucho lo que veo en los anuncios y en los titulares de los periódicos y en los carteles y letreros de la ciudad. Voy viajando a través de una ciudad de palabras y voces. Las voces hacen vibrar el aire y llegan por mi oído interno al cerebro convertidas en impulsos nerviosos. Las palabras las oigo al pasar o cuando alguien se queda un rato a mi lado hablando por un teléfono móvil o las leo en cualquier lugar o en cualquier superficie hacia la que mire, cada pantalla. Las palabras escritas me llegan como sonidos de voces, notas que leo en una partitura, a veces queriendo distinguir varias palabras simultáneas, deducir las que no oigo porque se han alejado muy rápido de mí o porque las borra un ruido más fuerte. Las diferencias en las tipografías forman una incesante polifonía visual. Soy una grabadora en marcha, oculta en el teléfono futurista de un espía de los años sesenta, en el iPhone que llevo en el bolsillo. Soy la cámara que quería ser Christopher Isherwood en Berlín. Soy una mirada que no quiere distraerse ni para un parpadeo. El bosque tiene oídos, dice al pie de un dibujo del Bosco. Los campos tienen ojos. En el interior del tronco hueco de un árbol fosforecen en la oscuridad los ojos amarillos de una lechuza. Un árbol corpulento tiene dos orejas grandes como de elefante que casi rozan el suelo. Una escultura de Carmen Calvo es un gran portalón viejo de madera tachonado de ojos de cristal. Las puertas tienen ojos. Las paredes oyen. Los enchufes oyen, dice Gómez de la Serna.

La Perfección Puede Estar Más Cerca de lo que Crees.

Salgo a la calle recién anochecido. Es el oscurecer tardío de la primera noche del verano. Oigo el rumor de bosque de los árboles y la hiedra en los jardines del barrio. Oigo voces de

gente invisible que cena al aire libre al otro lado de tapias coronadas por enredaderas o celindas, separadas de la calle por filas de arizónicas. El cielo es azul marino en lo más alto y azul claro en el horizonte donde se recortan las siluetas de los tejados y las chimeneas como en un diorama de noche falsa en tecnicolor. No quiero saber nada del mundo. No quiero enterarme de nada que no sea lo que llega a mis oídos y lo que ven ahora mismo mis ojos. La calle está tan silenciosa que puedo oír mis pasos. El fragor del tráfico suena muy lejano. Oigo en la brisa débil el roce de las hojas de una higuera y el lento vendaval de oleaje en la copa de un gran plátano de Indias. Oigo el silbido de las golondrinas que atraviesan el aire en vertiginosas acrobacias. Una de ellas ha rozado tan limpiamente el agua de un estanque para cazar un insecto que no ha provocado ni una ondulación. Oigo los chasquidos de ecolocalización de los murciélagos. Muchas más vibraciones de las que pueden captar mis toscos oídos humanos estremecen ahora mismo simultáneamente el aire. El aire atravesado por una red tupida de señales de radio transmitiendo todas las conversaciones por teléfono móvil que suceden ahora mismo en la ciudad. Quiero ser todo oídos y todo ojos como el Argos de la mitología, un cuerpo humano cubierto bulbosamente por globos oculares y párpados que se abren y se cierran, o por ojos sin párpados como los de la puerta de Carmen Calvo. Podría ser un superhéroe de Marvel: Eyeman, el Hombre Ojos, un monstruo de película de ciencia ficción de los años cincuenta. Podría ser un desconocido cualquiera y el Hombre Invisible, mejor el de la película de James Whale que el de la novela de Wells. Es en la película donde está la poesía.

Tecnología Aplicada a la Vida. Leo cada una de las palabras escritas que voy encontrando a mi paso. Uso exclusivo bomberos. Alarma conectada con grabación de imágenes. Compro tu coche y te lo pago al contado. Hay una belleza, una perfección sin esfuerzo en la llegada gradual de la noche. La

palabra LIBRE viene iluminada en verde claro en el parabrisas de un taxi, suspendida en la calle a oscuras, como recortada y pegada sobre un fondo negro, la cartulina de un álbum. Desemboca al final de un túnel un autobús iluminado y sin pasajeros, a mucha velocidad, un galeón fantasma en alta mar. Un costado entero está cubierto por un anuncio panorámico de salmorejo. Disfruta ahora de los sabores del verano. Las palabras de la calle adquieren una secuencia rítmica. Compró oro. Compró plata. Compró oro y plata. Dona sangre. Compró oro. Dona sangre. En las paradas de autobús brillan paneles luminosos con carteles de estrenos de cine. *Dioses y Héroes del Antiguo Egipto*. La batalla por la eternidad comienza. *Ninja Turtles: Fuera de las sombras*. Invitaciones y órdenes y prohibiciones sucesivas en las que hasta ahora no había reparado al pasar por esta calle. Prohibido dejar recipientes fuera de los contenedores. Paso prohibido a las personas. Disfruta nuestros cócteles. Ven a disfrutar con nosotros tu evento. Antes de llegar a la terraza de un bar ya vienen como un coro de murmullos las voces de los bebedores, el sonido de vasos, de cubiertos sobre los platos de raciones. Atravieso sin detenerme la espesura de voces y olores. Carne tostada, grasa animal, humo de frituras y de tabaco, cáscaras de gambas. Especialidad en carnes a la brasa y chuletillas de cordero. Pruebe nuestro arroz con bogavante. Hay un lujo de suculencia verbal, un esplendor de bodegón holandés en la tipografía de los letreros. Croquetas. CHULETÓN. Gambas al ajillo. Callos a la madrileña. QUESOS. Berenjenas con salmorejo. LUBINA A LA BILBAÍNA. EMPANADA DE BONITO. PAELLA. ENTRECOT. En la acera de Madrid la noche de junio trae una placidez anchurosa de ciudad de playa en la que veranean familias. Voy paseando y dejándome llevar y caigo en la cuenta de que esta noche es la última que vivo en este vecindario en el que he pasado tantos años. Un hombre y una mujer de pelo blanco y aspecto juvenil sonríen con las caras juntas en el escaparate de una tienda de audífonos. En los anuncios, los mayores sonríen no sin optimismo y los jóvenes

ríen a carcajadas, con las bocas muy abiertas, mostrando lengua y encías. No me había fijado ni en ese cartel ni en su invitación o su orden, su tipografía de letras blancas sobre el fondo azul de una felicidad de jubilados con audífonos invisibles: Sé todo oídos. Escucha los auténticos sonidos de la vida.



Llega tan Lejos como te lo Propongas. Cierro a conciencia los ojos para que los sonidos me lleguen con mayor nitidez. Cierro los ojos, en el asiento del metro, como si me quedara dormido. Me esfuerzo en mantenerlos cerrados en todo el trayecto de una estación a otra. Noto el peso de los párpados sobre los globos oculares, el roce de las pestañas, su temblor ligero, vibración más bien. Cuando los abro y miro a mi alrededor, las caras son aún más desconocidas que cuando los cerré. Llevo en la cartera un libro pero no leo nada, solo los letreros que me voy encontrando, cada uno de ellos, uno tras otro, desde que bajo aprisa las escaleras y empujo la puerta batiente, tantas cosas que no advertía antes, o que leía sin que llegaran a mi conciencia. Entrada. Despojadas de artículos y verbos, las frases se quedan en una crudeza de indicaciones robóticas. Estación Cobertura Móvil. Algún dirigente del metro cree en el bilingüismo y en la literalidad de las traducciones al inglés. Station Coverage Mobile. Se prohíbe fumar en toda la red de metro. Introduzca su billete. Metro de Madrid informa. No olvide recoger su billete. En un cartel sonríe un grupo de jóvenes multirraciales y multinacionales. Únete al mayor networking de diseño del mundo. Un asiático con gafas mira a la cámara y un negro con un piercing en la nariz abraza a una chica visiblemente española. Haz de este verano algo inolvidable. Llévatelo rápido o te quedarás sin. Oportunidades exclusivas para los más rápidos. Cierro los ojos aunque no del todo en la escalera mecánica. Por su seguridad, manténgase sujeto al pasamanos durante el trayecto. Un interfono de emergencia me sugiere casi una invitación íntima: Úsame cuando me necesites. La ciudad se dirige a ti en el idioma del deseo. En vez de mirar el teléfono de inmediato o de buscar lectura mientras espero en el andén, me quedo en pie y entorno los ojos unos momentos. *Úsame*

era el título de una canción que me gustaba hace muchos años. Más de mil cámaras velan por tu seguridad. A cada paso una nueva instrucción, una orden. Romper solo en caso de emergencia. No tengas miedo de usarme, decía aquella canción. Las voces imperativas se unen a las consignas escritas. Próximo tren a punto de entrar en la estación. La falta de artículo y hasta de verbo acentúa la inminencia. Metro de Madrid anuncia. El suelo vibra cuando se acerca el tren. No entrar ni salir después del toque del silbato. Miro las caras de la gente y presto atención a las voces. Soy todo oídos. Me pongo cerca de alguien que va hablando por teléfono. Casi todo el mundo en el vagón mira ensimismado pantallas de teléfonos. Una chica alta y seria lee un libro de Paulo Coelho. Esa lectura desacredita su belleza. «Voy a contártelo todo», dice alguien justo detrás de mí. Lo dice inclinando la cabeza contra la ventanilla y a continuación baja el tono y no puedo seguir oyendo porque la voz metálica de los avisos anuncia la próxima estación. «Venga, perfecto, OK, venga, hasta ahora.»

Un Loro Puede Ser el Testigo Clave para Resolver un

Asesinato. Una mujer pasa con desgana las páginas de un periódico gratuito. Beyoncé presenta el vestuario de su próxima gira. El tren va más despacio y más silenciosamente y oigo mejor la voz masculina que habla por teléfono a mi espalda. Tan cerca de mí que no tengo ni idea de cuál será el aspecto de ese hombre que ahora se ríe. «La madre tiene ochenta y siete años y acaba de ir al dentista a ponerse unos brackets.» Llevo mi libro de Montaigne en la mochila pero no lo abro y ni siquiera busco un asiento. Estoy alerta, a la espera de nuevas instrucciones, todas ellas dirigidas imperiosamente o tentadoramente a mí. Cada pasión te llevará a un destino. Asiento reservado para personas con discapacidades. Por debajo del ruido del tren hay un rumor de voces, casi todas de gente hablando por teléfonos móviles. «Tú no sabes cuántos años he vivido yo en Inglaterra.» Las voces de gente que no veo cobran

una mayor presencia. «Ni tus hermanos ni tú. Vosotros no tenéis nada que firmar hasta que no estéis seguros.» En el vagón hay una pantalla de televisión colgada del techo. Un hombre joven con la cabeza afeitada y una barba muy negra mueve los labios y sus palabras se ven sobreimpresas. Soy Gay. Otro más joven, lampiño, con los ojos pintados, labios moviéndose. Soy Trans. De nuevo vuelve la cara del calvo. Cambian tan rápido que se superponen los rasgos. Soy yo. Y una tercera cara ahora. Podría ser tú. Vive tu diferencia, dice un letrero sobre fondo morado, otra invitación, otra orden. Alguien ha medido el tiempo mínimo necesario para que unas caras y otras no se confundieran. Una señora habla bajo pero muy cerca de mi oído, con un tono de advertencia o censura. «Dice que ha cambiado, que quiere volver. Pero todo eso también será según él se porte.» Intento grabar en la memoria las frases que escucho, diálogos entrecortados. Las palabras fluyen y se borran nada más escucharlas. Olvido Express, dice un anuncio, aunque no sé de qué. Las borra parcialmente el ruido del tren o las voces de un aviso por la megafonía. «¿Que ha cambiado? Eso habrá que verlo. De todo lo que dice no me creo ni el veinte por ciento.» Martillo rompecristales. Voy leyéndolo todo, hasta los titulares en el periódico gratuito que la mujer despliega justo en mi cara.

La Policía Sabrá si Usas el Móvil aunque No te Vea.

Degollado un hombre por su hijo de dieciocho años en Salamanca. Salida de emergencia. La gran aventura ártica. Apenas me fijo en las caras, solo en las cosas escritas, en las voces. Señales de llamada. La nota aguda de un mensaje. Todo el mundo conectado con algo o con alguien que está en otro lugar. «Voy en el metro. Te lo digo por si se corta la conexión.» Al detenerse el tren, las puertas se abren delante de un anuncio que llega hasta la curva del techo. Tus mejores vacaciones en familia. Bautismos de buceo en el mar. Un nuevo paisaje a cada paso. Un grupo de jóvenes salta alegre al mar desde un acantilado. Unos están a punto de lanzarse sin miedo y otros

flotan suspendidos en un profundo azul. Toda la diversión del verano a tu alcance. Cliquea y descubre precios increíbles. Hay reservas que no pueden esperar. Reserva ahora. Descubre más. Infórmate ahora. Compra ahora. Pruébalo ya. Mensajes muy distintos parecen emitidos por una misma voz, venir de la misma procedencia, dirigidos a la misma persona, a mí, a ti. Soy yo, podrías ser tú. Tú, sí, tú, dice un anuncio de loterías, como señalándote con el dedo en medio de la gente, una cara que puede verte y que te ha elegido desde una pantalla. Tú puedes ser millonario. Domina los elementos con tus dedos. Encuentra tu curso ideal. La mujer que había estado leyendo el periódico gratuito lo dejó encima del asiento al salir, un pingajo de papeles. Únete a la marca líder en tecnología híbrida.

Viaja tras las Huellas de tu ADN. Llega más rápido. Que nada te pare. No esperes a caerle. En unos pocos años, los periódicos impresos han perdido toda su dignidad material. Madrid bate un récord mundial en busca de Pokémon. Se arrugan quebradizamente y se descabalan enseguida, escuálidos, superfluos, más ahora, en verano. Una página entera se mira tan rápido como una pantalla. Vive una gran experiencia gourmet a orillas del mar. Cierro los ojos para escuchar mejor y me dejo llevar por el impulso del tren. La ciudad te lo promete todo simultáneamente. Elige todo. Disfruta cuando quieras donde quieras. Ya no hace falta elegir algo y renunciar a lo que no se ha elegido. Ahorra mientras gastas sin remordimiento. Adelgaza comiendo. Tu viaje a la medida, diseñalo hoy. No puedo resistirme a la antigua adicción al papel barato y al olor a tinta de un periódico. Pelea caníbal entre un tiburón tigre y un tiburón martillo grabada en alta mar por pescadores de atún. Movemos cielo y tierra para ofrecerte lo mejor.

Llévate un Poco de Nuestro Sabor Contigo. Fue primero, de golpe, esa palabra, RECUERDE, escrita en una señal de tráfico, en la acera por la que pasaba todos los días, aislada por un azar de mi atención, que iba distraída en otras cosas, no en lo que había a mi alrededor sino en lo que sucedía dentro de mí, caminante sonámbulo despertado por ese timbrado visual, RECUERDE, que me forzaba a abrir los oídos y los ojos, aunque lo que estaba viendo era una señal que he visto muchas veces y que está en todas partes, la chapa triangular de las señales de advertencia, con una silueta resaltada en negro, alertando a los conductores de un paso de cebra junto a la salida de un colegio. Recuerde qué, pienso de pronto; quién me pide que recuerde, quién me lo ordena, qué voz escrita inaudible me fuerza también a mirar lo que he visto toda mi vida, lo que me parece que veo ahora por primera vez, en esta acera, en esta esquina, junto al paso de peatones, el triángulo en lo alto de un poste de metal, con una combinación de colores muy poderosa y muy simple: el rojo del contorno, el blanco del interior, el negro de las siluetas y de esa única palabra en mayúsculas, RECUERDE. Son dos niños que van de la mano, con carteras, niños antiguos que no llevan mochila, un niño y una niña que parecen apresurarse, como si estuvieran echando a correr. Me fijo mejor y están corriendo. Las carteras en la mano casi vuelan tras ellos. Niños como de cuento, el hermano y la hermana perdidos en el bosque, abandonados por los padres; niños que huyen de un bombardeo al salir de la escuela, en Alepo.

¿No Es Descubrir Cosas Nuevas lo que te Mantiene Vivo?

También se ve que es una señal anticuada porque usa el usted, en una ciudad en la que todas las voces escuchadas o impresas te hablan de tú. Y al decir «recuerde» invoca la primera palabra

del primer verso en las coplas de Jorge Manrique, «recuerde el alma dormida», una invitación al despertar y no a la memoria. Mi atención ha aislado el triángulo de la señal como si lo recortara de una foto o de un anuncio del periódico y lo pegara sobre una hoja en blanco. En ese momento los ojos se me abrieron más, y también los oídos, de golpe, como cuando se alivia un tapón, avive el seso y despierte. Y me fijé en otros detalles, olvidado por un momento del camino que llevaba y de las cosas que bullían sombríamente en mi cabeza: me fijé en un cartel escrito a mano y pegado a una farola con cinta adhesiva, «se ofrece señora de confianza para cuidar mayores y todo tipo de tareas de la casa»; en la foto de una rubia muy bronceada en bañador blanco en el escaparate de una farmacia, «Este verano adelgaza comiendo»; en una pizarra a la puerta de un bar en la que estaban escritos con tiza los platos del día, «calamares en su tinta, estofado de lentejas caseras, ensalada de pulpo» (en la pizarra estaba dibujado con bastante maña y con tizas de varios colores un plato de guiso humeante). Una mujer joven pasó en ese momento a mi lado hablando por el móvil. Agitaba la mano que no sostenía el teléfono y un ruido de pulseras acompañaba el ritmo de sus tacones imperiosos; una mujer traspasada por la ira que no tenía reparo en hablar muy alto. «Mamá, que es tu hija. Mamá, ¿me escuchas? Lo que su marido diga a ti no te importa. Tú no tienes por qué pagarle el gimnasio a tu hija. ¿Me escuchas, mamá? ¿Cuándo me has pagado tú nada a mí?»